

muy notorio para nuestra autora, de persistir en su obra futura esta actitud.

Todo lo dicho no resta, sin embargo, mérito a «Ola Nocturna», cuya lectura nos proporcionó momentos de intenso alborozo espiritual.—E. S. N.

<https://doi.org/10.29393/At250-136DUEH10136>

DISCURSOS UNIVERSITARIOS, por *Enrique Molina*. Editorial Nascimento. Santiago, 1945

Los discursos académicos, en conjunto, como género literario, son correctos y fríos. El afán de ecuanimidad suele matar lo espontáneo, ahuyenta el dato menudo, pero palpitante. Yo he respetado siempre profundamente tales discursos, pero he solido aburrirme oyéndolos y no los leo cuando se publican.

Sin embargo, he hecho una excepción con los «Discursos Universitarios», de don Enrique Molina. Los he leído, y no me pesa. Se trata de uno de los libros más interesantes que he podido saborear en estos últimos tiempos. Es que en él, prescindiendo de otros valores y yendo al esencial, seguido paso a paso, desde su nacimiento hasta hoy, la vida de la Universidad de Concepción. El libro encierra, pues, una gran hazaña, contada por el caudillo máximo de la misma.

«Los diez primeros años» es la materia del primer discurso pronunciado en 1929. Nos adentramos en él. El estilo es decoroso, limpio, pero no tiene nada de marmóreo o grandilocuente. Por tanto, vemos como ocurrieron las cosas, con una sencillez que las hace, precisamente, maravillosas. En Concepción existía desde el siglo pasado, una Escuela de Derecho. En la ciudad, basándose en tal Escuela, existía la aspiración difusa a conseguir otras. En 1917, se renovaron las gestiones ante el Presidente de la República. Se organizó un Comité Pro-Universidad y Hospital Clínico. Dos años después, «el Comité se convenció de que el

Gobierno no crearía quién sabe en cuánto tiempo la Universidad». Pero entonces sobrevino lo extraordinario; aquellos hombres no se desanimaron por la inercia oficial sino que se sintieron espoleados por ella y levantaron un movimiento social de adhesión. «El comité se cansó de esperar y en un gesto de audacia y de fe resolvió, sin más ni más, abrir la Universidad a principios de 1919».

El señor Molina traza el siguiente panorama de aquel instante:

«Fué aquel un gesto que no vacilo en calificar de heroico y temerario. Dificulto que Universidad alguna en el mundo haya nacido en cuna más humilde y desamparada. La opinión de Concepción estaba preparada para querer una Universidad, pero no contaba con medios ni para empezar a mantenerla. Recibimos algunas sumas de benefactores de la localidad, pero eran pequeñas para obras como ésta. La muchachada del Centro Dramático del Licco de Hombres sacrificó sus vacaciones de septiembre y se lanzó al sur en jira de saltimbanquis a buscar fondos para la nueva institución. Con el producto de sus veladas brujas envió siete mil pesos. Los municipios de la región se mostraron muy bien inspirados y acordaron subvenciones, siempre módicas, en favor de la Universidad. Pero ni por módicas las pagaron. No era de esperarlo tampoco. Si mal no recuerdo, sólo la comuna de Perquenco envió regularmente durante dos o tres años la asignación de mil pesos que había establecido. Se efectuaron colectas públicas. Las damas de nuestra sociedad y las colonias italiana y española se sacrificaron repetidas veces organizando fiestas...».

Decía al principio del artículo que los discursos académicos suelen carecer del dato pequeño, pero vivo. Mas ¡qué distinto es éste de tal patrón! Don Enrique Molina nos pinta al profesor de Química sin disponer de más aparatos que tubos vacíos de aspirina Bayer «y un pequeño anafe, que el mismo debía llevar de su casa a la clase»; y una Escuela Dental donde no había más que un sillón viejo de peluquería, del Club Concepción. «Se en-

contraba en el desván de los trastos inservibles; de aquí fué tomado y, adecuadamente reparado, vino a servir para que más de una docena de jóvenes se iniciaran en la importante carrera que les iba a asegurar el porvenir».

También es gráfica la descripción que de su propio estado de ánimo traza el señor Molina, «Debo confesarlo. Volví a visitar las magníficas universidades estadounidenses y al ver aquí tanta pobreza, se me encogió el alma...» «Silencié mis inquietudes, me las guardé para mí, y juntos los compañeros de aventura seguimos en la empresa mística, quijotesca y romántica».

El hallazgo del recurso que iba a normalizar la situación, la lotería, no dejó también de ser azaroso. El secretario de la Comisión de subsidios, don Luis David Cruz, fué quien «propuso el establecimiento de aquellas estupendas donaciones con sorteo que fueron el principio de la actual lotería y la salvación de la Universidad». Pero la puesta en marcha de aquello era arriesgada.

«No eran pocas las gentes llamadas sensatas que predicaban que el Directorio de la Universidad en masa iría a parar a la cárcel». Un ministro de Instrucción conmina al señor Molina para que renuncie la presidencia de la Universidad, «una institución que se mantenía con loterías prohibidas por la ley». El resiste, entendiendo que por encontrarse la Universidad en situación difícil no podía desentenderse de ella.

El poder público, en 1924, suspende los sorteos y de nuevo se ve en dura crisis la Universidad de Concepción. Un ministro «que se decía muy amigo de nuestra Universidad, no hizo nada por salvarnos». Pero después, el ministro señor Bernalles lleva al presupuesto fiscal una subvención de quinientos mil pesos. Y con ello termina la parte borrascosa. «Desde ese momento la máquina universitaria ha podido andar, si no aceleradamente, por lo menos con regularidad».

Los siguientes discursos, «Al cumplir quince años» y «En el vigésimo aniversario», están pronunciados en 1934 y 1939. Son más severos, pero igualmente interesantes, porque observamos que don Enrique Molina está librando otro tipo de actividad que también lo mantiene tenso. Desde que hay dinero, él lucha contra la idea equivocada de que todo está resuelto. La nota en el ambiente y la combate sin descanso. Recuerda sin cesar que el dinero no es tanto como algunos creen. Hay que compartir la lotería con la Cruz Roja y otras instituciones. Y hay que administrarlo muy bien, para seguir mereciéndolo. Además, hay que inspirar a la Universidad sus verdaderos ideales éticos y humanísticos, sin lo cual, se rebajaría a mera escuela técnica. Él no hace política, pero condena el fascismo y el nazismo abiertamente, como un deber de intelectual, de universitario, en estos discursos. Y afirma, en los peores momentos para la democracia, cuando la agresión avanza por el mundo. «Cualesquiera que sean los defectos de la democracia, es el único sistema compatible con la dignidad de la persona humana y el que ofrece más ricas posibilidades al cabal desenvolvimiento de la individualidad».

Cuando llega el terremoto del 24 de enero de 1939, los edificios de la ciudad universitaria que se ha venido construyendo, resisten todos. Es la consagración objetiva, por la providencia misma, de la austeridad administrativa. La Universidad, además, presta una amplia, generosa ayuda, a la población, instala hospitales en su recinto, asila a gentes sin techo. Y ha sabido infundir tal espíritu a sus alumnos, que la desbandada de éstos no se produce. La Universidad ha triunfado.

Por eso, el discurso siguiente. «A los veinticinco años», ya no podemos leerlo con interés. Nos gana la emoción, el respeto a la obra realizada. Es 1944, y don Enrique Molina, consciente del punto a que se ha llegado, vuelve hasta los orígenes. Ya no es la crónica de diez o de cinco años sino la historia de un

cuarto de siglo. En sus palabras, se trasluce el filósofo. No se limita a volver a contar: interpreta.

La Universidad ha sido, en primer término, «la materialización de un largo ensueño», un devenir hegeliano. Y significa también, desde su origen, un gesto de descentralización. «En Chile—afirma—nadie es teóricamente partidario del centralismo, pero cuantos pueden se van al centro para combatirlo desde allá. La Universidad de Concepción es un hecho en favor de estas aspiraciones descentralizadoras».

Si el terremoto puso a prueba la materia de la Universidad, hay otros hechos que la consagran como espíritu. A este discurso del señor Molina se hallan presente el ministro de Instrucción, el Rector de la Universidad de Chile y otras personalidades. El país está orgulloso de lo que se celebra y se hace visible con sus figuras más representativas. Entonces, don Enrique Molina recoge un dato de la primera época y nos lo amplía. ¿Quién era aquel muchacho abnegado y alegre que salió al frente de sus compañeros a recorrer los pueblos del sur y recogió siete mil pesos para sostener la Universidad naciente? El que ahora es visitante ilustre, Rector de la Universidad de Chile, don Juvenal Hernández.

Me falta espacio para ocuparme del resto del libro, que contiene discursos sobre pintura y otras materias. La historia de la Universidad de Concepción, por sí sola, necesitaría mucho mayor espacio. Es una gesta única de tesón, de austeridad y de inteligencia. No desmerece junto a los recuerdos épicos de la ciudad, en los días de Valdivia y Caupolicán. Y está relatada, en las páginas del señor Molina, especialmente en el discurso de 1944, con la pluma fuerte y vibrante de quien no es mero literato sino creador de realidades humanas en que la utilidad innegable es superada por la belleza continuada y serena del gesto.—
ELEAZAR HUERTA.